

La alternativa socialista democrática en Guatemala

Solórzano-Martínez, Mario

Mario Solórzano Martínez: Líder del Partido Socialista Democrático de Guatemala. Fue candidato a la Presidencia de la República. Cientista social.

El paso de la dictadura a una democracia aún frágil en Guatemala, ha impulsado al PSD a coadyuvar desde la oposición a la reafirmación de los espacios políticos recientemente abiertos. La gran tarea es volver a integrar a la nación como un todo, para intentar resolver los profundos problemas sociales, que requieren de la participación de millones, en un país donde la violencia marcó al conjunto social y la cultura autoritaria se convirtió en hegemónica. El reto del socialismo democrático radica, además, en iniciar un proceso de reformas económico-sociales que le den una sustentación real a la convivencia democrática.

El reto del socialismo democrático en América Latina es construir sociedades justas en lo económico y social, y libres en lo político-ideológico. En otras palabras, conjugar en la práctica los valores de justicia y libertad.

Este objetivo estratégico debe ajustarse tácticamente a la situación concreta de cada sociedad. Por ello, no es fácil generalizar y menos pretender aplicar modelos válidos en un país para otras realidades.

Tener presente la diferencia entre lo estratégico y lo táctico es fundamental para poder comprender el porqué de los programas y de las tareas inmediatas que se proponen los partidos. El camino hacia el objetivo estratégico varía de país a país, incluso dentro del marco de una misma subregión.

La transformación de una sociedad es un esfuerzo de largo plazo, que requiere de un proyecto claro y de un programa flexible, ajustado a las cambiantes condiciones del momento político que se vive. Significa tener en cuenta el problema de las alianzas sociales y de las medidas concretas (económicas, sociales y político-ideoló-

gicas) que deben irse desarrollando en el corto, mediano y largo plazo, tomando en cuenta los factores fundamentales a nivel interno y externo.

En este esfuerzo, los principios pueden irse perdiendo al sustituirse por el pragmatismo político, o bien caer en el plano del purismo ideológico, sin incidir seriamente en la transformación de la sociedad.

El viejo Marx señaló la necesidad de los acuerdos para alcanzar los objetivos, pero... sin hacer concesiones teóricas que pusieran en duda los principios. Aquí se encuentra parte del nudo gordiano, en el problema que nos planteamos. ¿Será posible bregar por la transformación con las reglas del sistema o será necesario romper dichas reglas para cambiar el sistema?

De la respuesta a esta interrogante se abren los dos caminos que plantean la ruptura entre el marxismo revolucionario y el reformismo socialista. Ambas alternativas muestran referentes concretos. Sin embargo, la realidad demuestra que la utopía no se ha alcanzado.

El reto latinoamericano

A escasos doce años de finalizar el siglo XX se vislumbran cambios importantes en el pensamiento clásico que empiezan a hacer variar los planteamientos ideológicos de la izquierda. El surgimiento del eurocomunismo, los enfoques sobre la nueva izquierda europea, el reformismo soviético a partir de Gorbachov, el inicio de una nueva relación entre las dos potencias, etc., parecieran venir a darle la razón al planteamiento socialista democrático, que ha logrado una mejor conciliación, en la práctica, de los principios de justicia social y libertad.

No obstante, los latinoamericanos operamos en una realidad muy particular, diferente a la del mundo desarrollado. Nuestras distancias son muy grandes y, por lo tanto, nuestros retos también son distintos.

De ahí, que el reto del socialismo democrático en América Latina deba situarse correctamente con la realidad en la cual se mueve. No cabe duda que los principios son los mismos, que el afán de los partidos socialistas democráticos coincide en la escala mundial, pero las realidades son diferentes. Ajustarse a esa realidad concreta es parte del juego, para no caer en el purismo absoluto o, en el peor de los casos, en la pérdida de los principios, por un afán simplemente electoral de alcanzar el gobierno «por alcanzarlo».

La conjugación realista de los principios ideológicos y la realidad concreta para alcanzar el objetivo de una sociedad justa y en libertad, requiere tener presente los siguientes elementos:

- El tipo de partido político que requerimos.
- El proyecto político que impulsamos, el cual debe tener una pretensión hegemónica, que permita diferenciarlo de otras corrientes de pensamiento.
- El programa, que debe recoger los intereses de los sectores sociales a los cuales pretendemos representar y que estará sujeto a los momentos históricos que atraviese la colectividad.
- Las alianzas sociales que debemos estructurar para poner en práctica el programa y ganar la voluntad mayoritaria.
- La situación geopolítica en la cual estamos inmersos.

Los elementos anteriores merecen un análisis detenido, que no es posible realizar en este artículo. De ahí que únicamente los toquemos parcialmente, puntualizando lo relacionado con el proyecto, el programa y las alianzas sociales.

Un proyecto de sociedad

La lucha política podríamos observarla desde dos perspectivas, pensando en la diferencia entre tener un proyecto de sociedad o simplemente administrar el existente.

No cabe duda que para realizar los cambios es necesario alcanzar el gobierno. De otra manera, nos quedaríamos simplemente en el proyecto. Sin embargo, los hechos demuestran una fuerte dosis de pragmatismo en la lucha política, en donde se anteponen los triunfos electorales al proyecto de sociedad.

Este es uno de los mayores problemas que se están enfrentando en América Latina, luego de los largos años de autoritarismo. Un buen ejemplo son los casos de El Salvador y de Guatemala, para no mencionar otros.

El ascenso al poder de los partidos demócratacristianos no ha significado el impulso a un determinado proyecto de sociedad, sino simplemente hacerse cargo de la

administración del Estado sin tratar de ir conformando un tipo de sociedad diferente a la que nos ha tocado vivir.

La falta de un proyecto claro y preciso ha llevado a la DC a practicar una política de «apaga fuegos», coyuntural, tratando de resolver los problemas inmediatos, sin fijarse objetivos estratégicos que permitan ir sentando bases sólidas para el desarrollo del proceso democrático.

El proyecto de sociedad, sin duda, está ligado a una concepción del mundo, que trata de crear un modelo de sociedad acorde a dicha concepción. Pinochet, en Chile, ha intentado crear el modelo de sociedad en la cual él cree y que pasa por una desnacionalización del país, una desarticulación del Estado y en darle un rol cada vez más importante al sector privado, desmantelando la infraestructura estatal. Podemos estar en contra de esta percepción del señor Pinochet, pero debemos reconocer que durante 16 años, ha consolidado, como lo demuestra el resultado del plebiscito recién pasado, una base social en apoyo a su modelo de sociedad, al cual se enfrenta el modelo de sociedad que las fuerzas de oposición pretenden impulsar.

Los socialistas luchamos por crear una nueva sociedad, que permita integrar al conjunto social al esfuerzo nacional para romper con la injusticia ancestral y la cultura autoritaria del pasado. Por ello, este esfuerzo de cambio debe darse dentro de un ambiente de libertad y pluralismo, que permita rescatar mayores márgenes de soberanía.

Nuestra primera tarea ha sido y será la de avanzar consolidando los espacios democráticos ganados, abriendo otros para ir fortaleciendo una nueva voluntad colectiva nacional de cambio. Las alianzas sociales y el programa político en esta coyuntura deben estar encaminadas a consolidar este esfuerzo.

Programa para esta etapa

El Partido Socialista Democrático de Guatemala recoge el pensamiento y la práctica socialista que se ha venido desarrollando a lo largo de la segunda mitad de este siglo. Particularmente, a partir de la Revolución de Octubre y de la Presidencia del Dr. Juan José Arévalo Bermejo, retomando los esfuerzos posteriores que impulsaron dirigentes como Manuel Colom Argueta y Alberto Fuentes Mohr.

Es desde esta constatación histórica, que el PSD mantuvo su lucha en el ámbito de la vida clandestina (1979-1985) y, posteriormente en la vida legal, a partir de 1985.

La experiencia vivida y el cambio en las condiciones políticas internas en el país, permitieron retornar a la vida legal como parte del proyecto de construcción de una sociedad democrática. El III Congreso Nacional del partido, celebrado en diciembre de 1984, comprendió que para alcanzar el objetivo democrático era fundamental coadyuvar desde la oposición, particularmente en el afán de reconstruir el espectro de la izquierda democrática guatemalteca, que había sido descabezada en el período dictatorial.

Por ello, el programa recoge en parte las tareas inconclusas del período revolucionario, ajustándolas a la situación presente y a los cambios que está sufriendo la economía mundial.

La historia política y económica de Guatemala demuestra la existencia de una gran desintegración nacional, que se vio profundizada con la existencia de una guerra interna, que dividió aún más a los guatemaltecos. El concepto de la nación como representativa del conjunto quedó parcializada por la visión sectaria de sus integrantes. Hoy cada sector social, cada institución, cada partido político tiene su propio concepto de nación, lo cual crea una dispersión de esfuerzos y una carencia de diagnóstico y de objetivos comunes.

La gran tarea es volver a integrar a la nación como un todo, a efecto de poder resolver los serios y profundos problemas que enfrentamos como sociedad y, particularmente, para poder volver a retomar los valores morales perdidos, en un país en donde la violencia marcó al conjunto social y la cultura autoritaria se convirtió en hegemónica.

Es con una visión de nación que los socialistas hemos planteado ser la «nueva izquierda», particularmente porque carecemos de odio y porque entendemos que únicamente con un esfuerzo del conjunto podemos salir adelante como sociedad.

Guatemala enfrenta dos problemas fundamentales que impiden un desarrollo democrático amplio y que califican el tipo de contradicciones que el país ha vivido en las últimas décadas: el primero es el fracaso social del viejo modelo de desarrollo económico que, si bien generó riqueza, la concentró en muy pocas manos y excluyó, en consecuencia, a la inmensa mayoría de los beneficios de la misma, dando lugar a un amplio crecimiento de los índices de pobreza y miseria en el país. El segundo, derivado en gran medida del primero, es el problema de la guerra interna que sufre el país desde hace treinta años.

Estos dos problemas marcan las relaciones sociales, políticas e ideológicas del país. Por lo tanto, son los problemas fundamentales a resolver, dentro de la perspectiva de crear una sociedad más justa y más libre.

El reto del socialismo democrático en Guatemala radica, en este momento histórico, en terminar con la guerra y en iniciar un proceso de reformas económico-sociales que le den una sustentación real al proceso democrático.

La nueva opción de desarrollo descansa en un cambio de las actuales relaciones de producción en el campo, de la consolidación del sector industrial en base a un mayor desarrollo del mercado interno y de un mejor aprovechamiento del mercado regional. Por ello, es fundamental el fortalecimiento de la integración económica centroamericana.

Desde esta perspectiva, se pretenden crear condiciones para un mejoramiento del nivel de vida del trabajador del campo y de la ciudad, sobre la base de impulsar un mayor desarrollo del capitalismo agrario, del fortalecimiento del pequeño y mediano productor, de la exportación de productos no tradicionales, así como del impulso del sector industrial hacia la región centroamericana y caribeña.

En la nueva opción de desarrollo, el sujeto de la transformación debe ser el Estado, mejorando sin duda las fallas que se han podido constatar y sin restarle el papel que juega el sector privado en el logro de este objetivo. Esto implica incorporar una voluntad transformadora, a través de un programa político-económico que se sustente en una amplia alianza social, a efecto de consolidar el apoyo suficiente para su desarrollo.

El Partido Socialista Democrático de Guatemala considera que para impulsar su programa se requiere de una amplia alianza social entre los sectores populares (obrero-campesinos), los llamados sectores medios y el sector empresarial progresista del país, a efecto de poder avanzar en la construcción de la sociedad democrática que se ha propuesto.

La alianza social

La importancia de esta alianza social es fundamental para el país, en virtud de que sin el apoyo y respaldo de estos sectores resultaría muy difícil desplazar al pensamiento tradicional.

El pensamiento dominante en el país se ha venido desarrollando y consolidando a lo largo de todo este siglo. La primera etapa estuvo marcada por un fuerte pensamiento oligárquico, de corte conservador; para pasar, a partir de 1954, a convertirse en un pensamiento «anticomunista» a ultranza, matizado por el impacto de la guerra fría. Posteriormente, ante el triunfo de la revolución cubana y el apareamiento del movimiento guerrillero en la década de los 60 adquirió un contenido contrainsurgente.

Esta mentalidad polarizante creó un escenario maniqueísta entre buenos y malos, entre rojos y blancos, entre pobres y ricos, entre militares y civiles, entre cristianos y ateos. Sin embargo, los hechos y las luchas de los guatemaltecos en diferentes dimensiones fueron creando las condiciones para que dicho pensamiento se fuera fraccionando y permitiera la consolidación de los espacios que hoy se tienen.

Parte importante de la tarea socialista es derrotar este pensamiento y, para ello, es fundamental estructurar una alianza social amplia, que se sienta identificada con el programa del partido y que tenga la certeza de que dicho programa representa un beneficio particular y general para el país.

Por ello, señalamos que la tarea socialista parte de la necesidad de volver a integrar la nación, de demostrar que sobre las diferencias de clase, de cultura y de posición política, hay un país que es de todos y, por lo tanto, es necesario que todos contribuyamos a su construcción.

Ese es el reto en esta etapa. Los objetivos estratégicos que nos hemos propuesto sólo podrán alcanzarse si logramos establecer la paz, impulsar un proceso de reformas que cuente con un amplio consenso y consolidar una nueva voluntad colectiva de cambio, capaz de enfrentar institucionalmente, en democracia, nuestras diferencias.